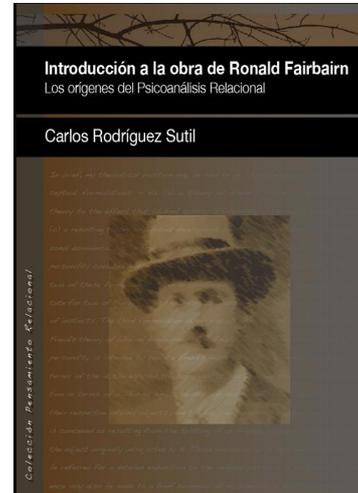


## INTRODUCCIÓN A LA OBRA DE RONALD D. FAIRBAIRN Los orígenes del Psicoanálisis Relacional

Carlos Rodríguez Sutil.  
Madrid: Ágora Relacional  
Colección Pensamiento Relacional nº 1  
Febrero 2010



### Reseña de Augusto Abello Blanco

Podemos decir que la cita elegida por el autor, y que aparece como epígrafe del libro, augura el rigor, el nivel intelectual de la obra que sigue y algunas de las preferencias de Rodríguez Sutil. Nos referimos a un epígrafe firmado por Ortega: En suma, que el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene... historia. Ahí queda ese botón y esa muestra.

Pasado el prólogo de su amigo y colega Ramón Riera –que invita con muy buenas maneras y de forma convincente a leer el libro con interés- nos encontramos con un Prefacio algo original. Comienza por aclarar la naturaleza de la obra que tenemos entre manos y dice: “No se trata de una introducción elemental a su obra...”. Continúa con el punto de originalidad antes mencionado: sugiere que el lector “poco iniciado” se salte una parte del libro en una primera lectura para abordarla más tarde, quizás este detalle señale otro rasgo del autor: el intento de guiar de la manera más cuidadosa al lector por su obra. El resto de este apartado explica someramente qué encontraremos en cada uno de los cinco capítulos que lo conforman.

Declara el autor que –entre otros- el objetivo de este libro es: motivar una relectura más atenta de los artículos de Fairbairn, la traducción de los que todavía están sólo en inglés y fomentar la aparición de nuevos trabajos en castellano sobre el psicoanalista escocés.

La introducción se inicia con una exhaustiva reseña de las referencias bibliográficas de las obras de Fairbairn para pasar a un "Breve panorama del psicoanálisis anticartesiano". En este apartado se presentan los orígenes de una epistemología que dará lugar al psicoanálisis relacional; la importancia de centrar como objeto de estudio las relaciones objetales. Y aparece ya el postulado central de R. Fairbairn: *La libido no busca la descarga sino al objeto*. Cita que llama la atención tanto por lo que lleva de novedad a la teoría de ese momento como por la capacidad de condensación que muestra para transmitir una idea de fuertes repercusiones teórico-clínicas.

Se propone el término anticartesiano para designar al psicoanálisis relacional, intersubjetivo e interpersonal. Sigue aclarando cuestiones fundamentales, una reflexión sobre la articulación entre lo nuevo que llega con el modelo relacional y los postulados de Freud, sugiere ir revisando con cuidado las convivencias posibles, la afinidad entre

postulados actuales y algunas de las versiones que Freud proponía para cuestiones centrales, por ej: orígenes y desarrollo del “Yo” como instancia. Sigue revisando, de la mano de autores diversos (Freud, Lacan, Klein, Ferenczi, Balint, etc), diferentes ideas sobre los orígenes del sujeto, su interacción con el medio, cuestiones de temporalidades, prioridades...

Vamos encontrando un recorrido cómodo y didáctico sobre cuestiones fundamentales y citas tan pertinentes como la que sigue para entender esas cuestiones: “En la gozosa identificación del bebé humano o primate de su propia imagen ante el espejo se produce el reconocimiento de ser uno entre otros, los semejantes” (pág 22). Termina con ideas de mucho valor alrededor del valor de ser mirado, de lo que eso implica, de sus relaciones con la autoconciencia.

Pasamos ahora a un apartado titulado: *El giro copernicano en psicoanálisis*, en referencia al cambio radical de perspectiva que se produce —a la luz de los conceptos vistos anteriormente— en la concepción psicoanalítica de la ontogénesis. Aquí vemos un rastreo exhaustivo sobre los cambios teóricos que sostienen y explican dicho giro, por ejemplo Lacan, sus apoyos en Hegel y Heidegger y las semejanzas del analista francés con aspectos del psicoanálisis relacional. Pero también las diferencias tan evidentes en la técnica clínica y en especial en lo relativo a los modos de vincularse analista y paciente.

Referencias al lenguaje, su lugar, su función. Cuestiones en Freud y en Klein anuncian algunos de los conceptos que el autor empieza a ofrecernos de las concepciones de Fairbairn sobre la constitución del psiquismo, sus diferencias con Klein y su punto de vista personal sobre el Edipo. Leemos luego las relaciones, semejanzas, coincidencias epistemológicas sobre todo, entre el psicoanalista escocés y algunos británicos postkleinianos, (agrupados bajo la denominación de *Grupo Intermedio*) en especial con Winnicott.

Asimismo Rodríguez Sutil conoce y sintetiza los desarrollos del movimiento que se gestó en Argentina, en los años cuarenta del siglo pasado, y nos presenta a sus autores más destacados —a muchos de ellos los conoce personalmente— destacando la figura de Pichon Riviere como fundador e impulsor de la corriente conocida como *Enfoque vincular*. Leemos al final del apartado un postulado fuerte a modo de resumen y clarificación: “...el campo intersubjetivo no es un modo de obtener experiencias ni de compartir las experiencias, sino la *precondición* para alcanzar cualquier experiencia, no hay experiencia fuera del contexto vincular”. (pág. 30)

Bajo el subtítulo *Crítica de los conceptos metapsicológicos freudianos* encontraremos apuntes sobre conceptos centrales de Bowlby en relación al origen del sujeto y sus necesidades de apego, estas ideas contrastan con los postulados freudianos y se recortan las consecuencias de concebir —o no— la teoría pulsional como algo central, situando el debate entre la idea de “mente aislada” o la idea del apego desde el origen, de manera inevitable a la hora de entender el nacimiento y el desarrollo psíquico. Muy interesante resulta la revisión de una definición canónica de Freud sobre qué cuestiones fundamentales autorizan a decirnos psicoanalistas y la reflexión de hasta qué punto los analistas relacionales podemos sentirnos incluidos en dicha definición. Se tomarán dos conceptos fuertes, transferencia e identificación proyectiva, para revisarlos de manera crítica y postular alternativas desde posturas de Stolorow y sus colaboradores, con las consecuencias clínicas que ello implica.

El apartado que sigue anuncia en su título, *Al encuentro con Fairbairn*, lo que nos encontraremos. Podremos conocer quiénes fueron los compañeros de viaje que tuvo el analista escocés en su tierra natal, y cómo con ellos y sus circunstancias se lanzaron “desafíos a algunos fundamentos del pensamiento freudiano con confianza y autoridad, pero sin devaluar sus contribuciones” (pág. 33).

Especialmente interesante —por su valor y por la época en que se postula— es la idea

alternativa que el analista escocés Ian Suttie ofrece sobre la comprensión del odio.

Rodríguez Sutil afirma que Fairbairn “no creó escuela en un sentido estricto y su obra no ha disfrutado de gran difusión durante unos cuarenta años”. (pág 35) En las páginas que siguen irá analizando las causas que explicarían esta situación del autor y de su obra. Lo hace de manera rigurosa, tomando variables que van desde la ciudad en la que vivía –Edimburgo- y cómo pudo intervenir ese dato en cierto aislamiento vivido, a cuestiones políticas del movimiento inglés, hasta las lecturas *inadecuadas* que Lacan hiciese de su obra. La dificultad que tuvo de inserción en ámbitos significativos del mundo psicoanalítico llevó a Fairbairn a sentirse “huérfano teórico” (pág 36)

El autor de nuestro libro resume los desarrollos y la presencia de Fairbairn en Argentina y ofrece datos exhaustivos de su presencia en la obra de diversos autores del país latinoamericano.

Cabe destacar -y agradecer- una vez más, el conocimiento que Rodríguez Sutil demuestra tener de la obra del analista escocés, tanto de sus aportes como del destino que su obra tuvo en los diferentes puntos geográficos del mundo. Se aclara al final de este apartado que la obra de Fairbairn no sólo aporta cuestiones teóricas, sino que también propone cambios esenciales en la actitud terapéutica que veremos más adelante con detalle.

El primer capítulo lleva por título *Desarrollo Intelectual*, y en el apartado *Vida y formación* accedemos a los datos biográficos de Fairbairn. Con esmero se van resumiendo los elementos más importantes del analista escocés al tiempo que ensaya ligazones entre su vida, su formación y lo que más adelante serán sus aportes a la teoría psicoanalítica. Este recorrido nos permite conocer la relación entre Fairbairn y las instituciones psicoanalíticas de la época. Así sabemos que su entrada en la Sociedad Psicoanalítica Británica tuvo algo inusual: él no se había analizado con un analista didacta, requisito insoslayable. Rodríguez Sutil propone una hipótesis para explicar esta situación excepcional: fue posible por la alta calidad de los trabajos de Fairbairn.

Leemos que su vida no fue fácil, nos asomamos a su dolor, conocemos los problemas que atravesaron durante años su existencia, cuestiones relativas a su salud, esos datos que permiten valorar más una obra o humanizar el recorrido teórico que se presenta en los libros de manera tan aséptica muchas veces. Ya en materia profesional, se resume su relación con M. Klein y la influencia que ejerció sobre él, del que se dirá, siguiendo a Guntrip, que ha sido “un humanista vuelto científico” (pág. 46)

En un apartado especial conoceremos la crítica al reduccionismo biológico que Fairbairn propone. Así como la crítica que hacía a los diferentes dualismos que el psicoanálisis propone. Rodríguez Sutil hace un recorrido exhaustivo<sup>ii</sup> sobre los orígenes teóricos que acompañan los desarrollos expuestos, se remonta a la sólida formación filosófica y su articulación con ideas más netamente psicológicas y psicoanalíticas.

Las críticas a Freud quedan debidamente defendidas. Nuestro autor, en pos de mostrar el recorrido de las ideas, nos resume de manera muy didáctica el importante y temprano trabajo de Freud “Proyecto de una psicología para neurólogos” y así podemos seguir muy bien lo que más adelante se presenta como los postulados centrales del escocés. La perspicacia crítica de Fairbairn le permite preguntarse: ¿cómo se articulan en Freud dos principios explicativos tan distintos como son la teoría de la libido (de carácter energético) con otro ligado a la relaciones objetales? (la situación edípica).

La relación de Freud con la ciencia ocupa aquí su lugar. Para desde ahí, fijar la posición de Fairbairn al respecto, alejándose de posiciones científicas -que anhelan el reconocimiento oficial- para acercarse a posiciones más humanistas para el rol del analista, posiciones que ya planteara Sándor Ferenczi años atrás. Un apretado e interesante resumen nos permite conocer las relaciones de algunos postulados

analíticos con algunos modelos físicos, destacando el antes y el después que implicó Einstein: véase la potente idea de que la realidad ya no sería compuesta por partículas movidas por una energía independiente, sino que estaría compuesta por *acontecimientos*, con las consecuencias que de esta idea se desprenden.

Fairbairn afirma entonces que “estructura y energía son inseparables” y desde allí postula una de sus ideas centrales: ...”la necesidad libidinal es una necesidad de objeto; el alivio puro de la tensión, sin más, indica cierto fracaso de las relaciones objetales”. Piénsese las repercusiones teórico-clínicas que acarrea esta idea.

Bajo el título *Crítica del dualismo pulsional* nos asomamos a un rico debate sobre tan caro asunto para el psicoanálisis de todas las épocas. Una original propuesta abre el fuego: pensar en “apetito” (en su significado más amplio) antes que en “sexualidad” (restrictivo) invita a un giro respecto a Freud, giro que enriquece. En esta misma línea – revisar con valentía y rigor los conceptos “sagrados” de Freud- postula que la relación entre carácter y desarrollo sexual podría pensarse justamente al revés de cómo lo hiciera el padre del psicoanálisis. Más revisiones conceptuales, en este caso alrededor del “principio del placer” freudiano. Es mucho lo que aquí se muestra, es mucho lo que Fairbairn propone; mucho y jugoso. Unas trazas: dicho principio podría ser reemplazado por “principio de seguridad” o por “ambiente de seguridad”, en la línea de Bowlby y su teoría del apego. Se explica cómo sería este reemplazo, se ofrecen interesantes viñetas clínicas para su mejor comprensión y se muestran las hondas repercusiones conceptuales y clínicas que tal mirada implicaría.

Serán fundamentales las interacciones entre “principio de placer” y la idea de “sistema cerrado” en las explicaciones que se postulan. Ya se va vislumbrando el fondo de la propuesta: pensar al psiquismo como un sistema abierto y no como uno cerrado (patológico y consecuencia de un deterioro del sistema abierto). Se nos ofrecen cuatro puntos muy claros para tal comprensión. Este asunto arranca desde los orígenes del sujeto, así leemos: “el bebé carece de “experiencias de realidad” pero no de “principio de realidad” (pág. 51). Con ejemplos diversos se van sosteniendo las ideas planteadas, haciendo así la comprensión más accesible: una reflexión alternativa sobre el significado del chupeteo del pulgar (tan importante en las teorías freudianas); la masturbación (infantil y adulta) arrojan luz sobre las propuestas que venimos leyendo.

Se introduce un concepto nuevo del Yo, un “Yo dinámico originario” (pág. 53) que se tratará más en extenso en el siguiente capítulo. Desde ahí se argumenta por qué el sufrimiento, desde esta nueva visión, no sería el resultado inevitable de las condiciones pulsionales sino que sería el resultado de las circunstancias vividas. Punto de vista que resta el pesimismo que tantas veces se le ha atribuido a la teorías freudianas, para ofrecer una mirada más vital y optimista sobre las vicisitudes de la vida anímica. La idea matriz, ya expresada, se matiza –y enriquece- cuando vemos que en respuesta a Balint, Fairbairn postula que “ es el individuo en su capacidad libidinal (y no la libido) el que es buscador de objetos”. La función natural del placer –muy importante sin duda- es un medio y no un fin, cuando las cosas “van bien”.

Volvemos a las relaciones entre aspectos biográficos de Fairbairn y algunos de sus desarrollos teóricos, sus creencias, eventos traumáticos infantiles que ayudarían a entender partes de sus concepciones. Con la metáfora de lo que se coloca en cada platillo de la balanza Rodríguez Sutil nos ofrece un recorrido sobre un tema polarizado: por un lado el exceso de sexualidad/búsqueda de placer como gran organizador que – quizás- Freud puso en uno de ellos y lo poco que le dedicó a la ternura/búsqueda del objeto (sólo como subrogado de aquella) en el otro. La posición opuesta podría haber pecado también de desbalancear el complejo asunto. Se postula una posición que no se proponga sobrecompensar cada balance anterior y se reivindica la convivencia de

diversas mociones y corrientes.

Siguen reflexiones alrededor de conceptos tan caros a nuestra disciplina como “afectos”, “pulsión”, “emociones y ansiedad neurótica” con sus relaciones e interacciones. De la mano de un desacuerdo con la advertencia que O. Kernberg hace sobre pensar las teorías de las relaciones objetales desprovistas del concepto de pulsión se revisan qué lugar debemos darle a cuestiones tan básicas como la agresividad y la sexualidad, S. Mitchell es reivindicado como el padre de una propuesta que jerarquiza el lugar de esos conceptos sin quedar hipotecados con las consecuencias de asumir al completo el concepto de pulsión.

Al igual que otros autores y en sintonía con Winnicott (nada llamativo si recordamos puntos de encuentros entre ambos) Fairbairn se aleja del importante concepto freudiano de “pulsión de muerte” y lo hace desde el mismo eje con el que ya nos ha ofrecido otras reflexiones; la agresión no es primaria y por lo tanto no es consustancial al sujeto, es el resultado de una frustración vivida por el sujeto. Dicha pulsión, cuando existe, es un fenómeno psicopatológico, no un principio abstracto y universal. Lo reprimido y su relación con lo libidinal y lo represor como un acto “antilibidinal” forman una dinámica que se presenta al final de este apartado, cuyo resumen incluiría decir que la postura de Fairbairn es “antiinstintivista” (en el sentido que Freud le daba a los mismos) y que reconoce que hay dos fuerzas motivadores centrales en el ser humano, que serían la libido –en tanto buscadora de objetos- y la agresividad como reacción a una frustración, frustración que no se puede evitar del todo.

El inicio del apartado *Sobre la Realidad Psíquica* es muy claro y se relaciona directamente con subtítulo del libro que reseñamos: “La teoría de las relaciones objetales que propone Fairbairn anuncia una epistemología intersubjetiva y externalista” (pág. 58). Leemos también cómo el comentario que una paciente le hiciese al analista escocés produjo en él un impacto que transformó luego en investigación y desarrollos originales. Así como Winnicott hizo en la dedicatoria de “Realidad y Juego”<sup>iiii</sup> nuestro autor reconoce también todo lo que aprendemos de -y gracias a- nuestros pacientes.

El desarrollo del capítulo consiste en una revisión muy cuidadosa de los aportes de M. Klein y de Fairbairn en lo relativo a las fantasías. Como viene siendo habitual en el libro que reseñamos nos encontramos con un recordatorio de algunos conceptos del propio Freud al respecto, seguido de aportes kleinianos y sus relaciones con aquellos que el padre del psicoanálisis dejase sentados. Klein deseaba y necesitaba, por cuestiones no solamente teóricas sino también pragmáticas, presentarlos como continuidad de los originales de Freud.

Es muy rico el desarrollo al que asistimos en lo que se refiere al concepto de fantasía, podemos conocer/reconocer muchas definiciones, sus contradicciones, sus ambigüedades, las coincidencias y diferencias entre autores y escuelas y la diversidad tan grande que atraviesa el concepto en diversas teorías. El apartado incluye las diferentes denominaciones que han recibido distintas concepciones: fantasía, fantasma, sueños diurnos -conscientes o preconscientes- ensoñaciones, etc. Por otro lado vemos que Fairbairn no estaba de acuerdo con muchas cosas que la obra de Klein proponía sobre el mundo interno y las fantasías del niño y luego del adulto. Rodríguez Sutil nos introduce de manera muy rigurosa y amena sobre el contexto histórico en el que este debate -mejor: estos debates- tenían lugar. Cabe destacar aquí que el peso del momento histórico era especialmente denso, caían bombas sobre Londres (en plena Segunda Guerra Mundial) y podemos decir –metáfora mediante- que también caían bombas en la Sociedad Psicoanalítica Británica. Estaba teniendo lugar un durísimo debate –no sólo teórico, también político- entre Anna Freud y M. Klein, cada una

respaldada por su discípulo.

El texto nos invita a volver a pensar la distinción entre contemplar la existencia de sentimientos inconscientes (Klein) o pensar que son las representaciones las únicas capaces de ser inconscientes (Freud). También leemos sobre la diferencia de espacio psíquico en el que puede desarrollarse el conflicto, en el inconsciente –y entre fantasías- para ella, sólo a través de la función reguladora del Yo para Freud. Es fácil colegir, con estos esbozos, la riqueza del capítulo, el mismo tono –en definitiva- que viene sosteniendo todo el libro.

Cuestiones de gran calado e interés se toman aquí: ¿qué es la fantasía? (y no sólo cómo opera); ¿qué relación guarda con la pulsión?; ¿qué correlato guardan las nuevas definiciones con las de Freud? (la pulsión como “representante psíquico” de la necesidad); ¿es la fantasía representante de la experiencia subjetiva?; ¿y qué relaciones guarda con las sensaciones corporales? Fairbairn opina que el concepto ha quedado obsoleto y propone que en lugar de “fantasía” se asuma como concepto más idóneo el de “realidad interna”. Este listado parcial deja ver algunas de las preguntas –y la envergadura de las temáticas- que se van aclarando en las siguientes páginas a través de la mirada de varios autores que en el libro que reseñamos se han estudiado a conciencia. Siendo M. Klein una figura central de aquel momento y, especialmente, en aquellas geografías, no sólo no es de extrañar, sino que es de agradecer, las múltiples referencias que encontramos en el libro a su obra y a sus conceptos fundamentales, para desde ahí entender las controversias del momento y darle un marco teórico-histórico a la obra de Fairbairn. Y como de Klein se hablaba, es inevitable encontrarnos con ideas sobre el psiquismo temprano, preguntas sobre qué funciones y estructuras podemos adjudicarle al bebé y cuáles son los límites que éste presenta y que debería impedir el exceso de cuestiones que la escuela kleiniana le ha adjudicado.

Fairbairn ha sido el primero en postular una posición esquizoide, anterior a la posición depresiva de Klein, a pesar de lo cual se mostró siempre más cauto que la vienesa a la hora de hacer atribuciones de mecanismos tempranos en la primera infancia. Fairbairn participa en todo este debate (no lo olvidemos: debate teórico y político) con un artículo que Glover lee por él -no asistía a las reuniones de la Sociedad- sobre el tema de la “fantasía”. Dicho texto fue vivido como un ataque hacia el grupo kleiniano. Al mismo tiempo estaba en camino de elaborar su propia teoría sobre el aparato psíquico, las “estructuras endopsíquicas” como él mismo denominará y que veremos más adelante.

El apartado acaba con una crítica sobre el poco lugar que Fairbairn le ha dado en su teoría a los deseos y sentimientos (la plantea originalmente S. Isaacs), el autor se pregunta en un intento por comprender: “¿estaría tan ocupado en construir el edificio que desatendió la descripción de los habitantes que lo poblaban?” (pág. 70). Y una reflexión muy interesante: si el deseo fundamental es deseo de objeto –como venimos viendo- ¿no sería una tarea teórica necesaria caracterizar con exactitud a esos objetos y a las partes del Yo con que ellos se relacionan?

Así pasamos a un apartado sobre *Los Objetos Internos*. Se nos anuncia desde el principio lo que sigue: en la línea de historizar las teorías esta vez le toca el turno al espinoso y amplísimo asunto de los “objetos internos”. Se rastrea de forma minuciosa y didáctica dicha idea en las obras de Freud y M. Klein. Se observa muy claramente, como otras veces en el recorrido de este libro, dos cuestiones:

- a) el peso que tenía la obra –y la persona- de M. Klein en la época en la que Fairbairn desarrolla su teorías y
- b) el conocimiento que tiene Rodríguez Sutil de dicha obra y de aquel momento histórico. Ambas puntos son plasmados en este libro para disfrute y

conocimiento del lector.

Sigamos. Aparecen referencias a los diferentes Freud que conocemos, los jalones resaltados van de 1914, siguen por 1917, 1932... Se recorta con valor paradigmático la idea del Superyó como objeto interno que proviene de internalización de las figuras parentales. El analista escocés tomará esta idea y la usará. Se hace necesario apelar también al concepto de pulsión y se debate su naturaleza, se relaciona y se comparan las ideas en Freud y en Klein. Junto con este recorrido en otras teorías y épocas, tan fecundo y valioso para el lector, se van apuntando claramente las ideas fundamentales que el autor quiere destacar de la obra objeto de estudio. La teoría de Klein es tanto una teoría de las relaciones objetales (internas) como de las pulsiones, mientras que en la de Fairbairn las pulsiones desaparecen.

Otro rasgo que caracteriza la obra que ahora reseñamos y que mucho la enriquece es la siguiente: toda vez que lo considera posible, Rodríguez Sutil cita a autores contemporáneos (S. Mitchell con frecuencia) para ofrecernos una visión actualizada de los conceptos que se vienen presentando, o lo que es casi lo mismo: la crítica que estos autores le hacen a aquellos conceptos y así entender qué vigencia poseen, sobre todo dentro del marco del psicoanálisis relacional (véase el subtítulo del libro). Vemos desfilar definiciones de conceptos –y sus vicisitudes en varios planos- tan importantes como: identificación proyectiva, proyección e introyección, pulsión de muerte, escisión del yo y del objeto, agresividad (y sus diversas concepciones), etc.

Nos encontramos, también, con referencias a los aspectos clínicos, tan bienvenidos, que emergen de las teorías señaladas. Así, y luego de desplegar aspectos centrales de la obra de Klein, leemos: "El psicoanálisis debe ir dirigido a disminuir la ansiedad producida por la severidad del Superyó y promover "imágenes más amables" (pág. 74). Más de una vez se señala cómo la obra de Klein asienta mucho en la observación de la clínica, captando muy bien cuestiones importantes a partir de allí y cómo eso mismo ha provocado, por otro lado, errores o déficits en esa misma obra. Se resumen cuestiones claves: "...tanto para Freud como para Klein las dificultades vitales surgen del interior, provocadas por factores constitucionales" (id.). Previamente esta idea ha sido explicada y referenciada en cada autor. Y más adelante: ..."los dos concuerdan en que el objetivo fundamental de los impulsos es la descarga, tomando al objeto como un medio para un fin" (id.) Punto en que Fairbairn, como viene destacándose, se va a alejar considerablemente.

Ideas claves se van presentando al lector en palabras del propio Fairbairn: ..."los objetos internos son sustitutos y solución de relaciones insatisfactorias con los objetos externos reales..." (pág. 75). Una idea de gran calado clínico (en opinión de quien esto escribe) nos es presentada ahora, en resumen: por dinámicas complejas y que no es el lugar de desplegar "el niño obtiene seguridad externa a costa de sacrificar la seguridad interna", mecanismo conocido -con referencias en Ferenczi- como "defensa moral". Esta idea es observable en la clínica de multitud de pacientes que han sufrido situaciones traumáticas. Se cierra el apartado con referencias a la idea de "maldad" y la discusión de su origen: ¿interno?, ¿externo?

Pasamos ahora al capítulo dos, *Postulados Teóricos centrales*. Es una suerte que este apartado comience con un resumen de cuatro puntos centrales en los que se sintetiza la compleja teoría de Fairbairn. Son muy claros y Rodríguez Sutil se encarga de poner más luz sobre ellos al relacionar cada uno de los puntos con sus posibles correlatos en otras teorías significativas de nuestra disciplina, incluida, por supuesto, la de Freud. No es menor suerte ver que el propio Fairbairn incluyó en su último trabajo publicado, "Sinopsis" una guía de enunciados y que se nos presenta como "la expresión

más acabada y sintética de sus posiciones en psicoanálisis" (pág. 78). Dicha guía consta de 17 ítems de no más cuatro líneas cada uno (hay uno de cinco). Son claros y contundentes. Altamente clarificadores.

Para botón de muestra, el primero:

"Un Yo (ego) está presente desde el nacimiento"

Con este recurso se recorren y se definen todos y cada uno de los aspectos centrales. Bien es cierto que a modo de "titulares" pero bienvenidos sean cuando sabemos que además de ellos podremos acceder a la "noticia". Esos titulares, y es otro resumen, están relacionados con: la libido; el Yo; el instinto de muerte y la agresión; la angustia de separación; la internalización del objeto; el objeto excitante o libidinal y el objeto rechazante o antilibidinal; el objeto ideal; los tres Yoes; la situación esquizoide básica y una reformulación del Superyó freudiano. En el punto 17 declara: "estas consideraciones constituyen la base de una teoría de la personalidad concebida en términos de las relaciones objetales, en contraste con una concebida en términos de los instintos y sus vicisitudes" (pág. 80).

Tomando uno de esos puntos, tan central como hemos visto, Rodríguez Sutil abre una reflexión con la pregunta: "¿Para qué se buscan los objetos?". Observamos un sano afán de no dar nada por supuesto. De reflexionar sobre aquello que se defiende evitando repetir sin pensar y de esta forma poder hacer nuestros –aprehender- los conceptos ajenos.

Encontramos a continuación una revisión muy exhaustiva de los conceptos "Yo" y "Self". Un tema muy vasto. Lo que vamos leyendo deja ver un trabajo de seguimiento por autores y por escuelas digno de mención y gratitud. Un tema de una vigencia absoluta ya que el "Self" bien podría ser uno de los conceptos más usados y con menos consenso en su definición. De hecho así lo dice nuestro autor: "lograr una definición definitiva del término "self" parece un objetivo inalcanzable, cada autor tiene su propia definición" (pág. 86). En este recorrido (¡de varias páginas!) aparecen referencias a: Freud, Bettelheim, Hartmann, Laplanche, Kernberg, Lichtenberg, Kohut, Hegel y –por supuesto- el propio Fairbairn. Todo ese "rodeo" –tan rico como necesario- queda plenamente justificado cuando vemos que al final del apartado hay un estudio específico sobre cómo usó el analista escocés el concepto de "ego" y cómo el concepto de "self", así como hipótesis de las razones que lo llevaron a optar por "ego" a pesar de pensar que "self" podría ser más adecuado. Un tema que se vuelve más interesante en tanto deja ver, también, cuestiones ligadas al anhelo de Fairbairn de inscribir sus aportes como continuación de la obra de Freud, al menos como una de las explicaciones posibles.

Ahora nos encontramos con otro tema relevante: el postulado que propone pensar un Yo diferenciado desde el nacimiento. Así lo hacen Klein y el propio Fairbairn, para quien es "un postulado filosófico básico del que se deriva en cierta medida su visión de la naturaleza humana y del psicoanálisis" (pág. 91). Del otro lado muchos más autores proponen un estadio indiferenciado madre-bebé. Autores más actuales proponen algo intermedio: existe algo que podemos pensar como un "proto-sujeto" con ciertas capacidades de diferenciación y que desde ahí necesitará de un lento proceso de aprendizaje y autonomía respecto a lo que Mitchell llama la "originaria matriz relacional con sus cuidadores".

Este punto –¿un yo desde el inicio?– está relacionado con otro que marca una diferencia sustancial con las ideas de Freud, la propuesta de que no existe una instancia tal como es el "Ello" freudiano, lo que sí existe es ese "Yo dinámico" desde el principio y que no depende de ninguna experiencia para su existencia. Siguiendo una sana

costumbre, el autor que reseñamos revisa críticamente cómo encajan los conceptos del escocés. Así encuentra dificultades para ligar ese Yo a la identificación primaria tal y como la utilizaba el mismo Fairbairn en 1941. Esto lleva a nuestro autor a revisar conceptos tan centrales como identificación, identificación primaria, narcisismo primario y secundario, incorporación oral, etc. Y como de la relación entre el “self” y el objeto estamos tratando llegamos a ideas de Kohut, con quien Rodríguez Sutil muestra acuerdos respecto a los procesos de diferenciación.

El próximo punto, *Escisión y represión*, nos adentra en cuestiones de gran complejidad, se revisan conceptos de alto nivel de abstracción a la vez que fundamentales para poder pensar cuestiones metapsicológicas básicas.

Abróchense el cinturón de seguridad.

Fairbairn, como hemos dicho, toma el “Superyó” freudiano como la principal estructura endopsíquica y como modelo que guiará la construcción de estructura del psiquismo alternativa que se propone. Referencias a Freud -y su idea sobre el psiquismo en general- y al “Superyó” en particular, nos refrescan cuestiones y enmarcan las reflexiones que siguen. De esta manera se entenderá mejor el valor que tiene la propuesta de Fairbairn cuando afirma que “la agresividad y la libido están orientadas primariamente hacia los objetos” (pág. 94). Un tema recurrente de indagación, investigación y crítica pivota sobre una pregunta: ¿puede una “estructura”, como el “Yo”; participar en un conflicto con algo como los impulsos del “Ello”, que es energía mental?

Ahora se presenta otra novedad fuerte: “la instancia absolutamente inaceptable es el Ello, si se lo identifica con la imagen de reservorio indiferenciado de energía pulsional que se ha impuesto en la cultura general psicoanalítica” Y más adelante: “...”el Ello de forma inevitable asume la forma de una estructura yoica comparable con el Yo mismo” (pág. 95). Esas reflexiones nos hacen entrar en espesuras y conceptos tales como: inconsciente reprimido y “no reprimido”, represión primaria, secundaria, escisión, renegación, toman protagonismo para sentar las bases primeras de la constitución del psiquismo según diversos autores. Y a varios autores centrales apelamos para entender las “diferentes ramas” que el concepto “escisión” ha tenido en nuestra disciplina.

Muy sugerente –tanto en el plano teórico como en el clínico- es la distinción entre grados de frustración y sus funciones, frustración óptima y frustración extrema, y sus consecuencias en ambos casos.

Quizás porque puede hacerse cargo de la dificultad temática que acaba de exponer, nuestro autor nos ofrece al final del apartado un resumen muy claro de las ideas centrales. El comienzo de ese resumen abrirá el apetito del lector, reza así: “Resumamos la teoría de Fairbairn sobre escisión y represión, integrándola con otras aportaciones” Se refiere a Freud, Klein, Winnicott. (pág. 101)

Cuando dijimos más arriba “dificultad temática” nos referimos a aquella dificultad inherente al tema, no a la exposición, ya que ésta nos parece todo lo clara y didáctica que puede ser. Tengamos en cuenta que se lidia con “temas-miuras” como los resumidos más arriba.

Pasemos al epígrafe sobre *Las Posiciones y la Posición Esquizoide. Fases del Desarrollo*. Como viene siendo habitual, el autor nos pone en materia a través de un esquema que podría resumirse así: definiciones conceptuales claras -¡y que tanto se agradecen!- así recordamos –o aprendemos- la esencia del concepto “posición”, pasando a su relación con otros conceptos importantes, cercanos y de varios autores, (por ejemplo con las clásicas “fases del desarrollo psicosexual”), para abordar luego el lugar que ocupa este concepto -o tema- en la obra de Fairbairn. Por este camino

llegamos a reflexiones centradas en torno a la "posición esquizoide", la esquizo-paranoide, la depresiva. Ocupará un lugar destacado en este capítulo todo lo relativo a un importante aporte del analista escocés: el estudio de los trastornos esquizoides, lo que se puede pensar como "nuestro nuevo paciente modelo" (pág. 103). Se revisan las relaciones entre estas patologías y las fases tempranas del desarrollo, los síntomas a través de los que se expresa, los mecanismos en juego, los aspectos clínicos así como los rasgos que los definen.

Una presentación que deja ver muy claramente de qué pacientes estamos hablando, que permite asomarnos a su mundo interno de manera muy cercana, viendo lo que probablemente sea una patología con la que nos encontramos frecuentemente en nuestras consultas. Dicha comprensión nos permite pensar que "la necesidad de amor, en todos estos estados (esquizoides) queda oculta bajo una máscara de distanciamiento y apatía emocional". (pág. 105) La futilidad, con su carga de vacío, de sinsentido, sería el afecto más característico.

Ciertas pautas importantes para acceder a un diagnóstico diferencial nos son ofrecidas también. Es fácil entender -a partir de la lectura de este apartado- la cantidad de "malos entendidos" que pueden generar estas patologías en el clínico (y en la vida cotidiana). Vemos similitudes y diferencias con otras definiciones clínicas; "falso self" (Winnicott), "personalidades como sí" (Deutsch). La relación de todo este universo con la agresión no es pequeña y aquí leemos diversas hipótesis al respecto, sobre el "placer de odiar" como compensación frente a la dificultad inmensa de acceder al "placer de amar", por ejemplo.

Asistimos de la mano de S. Mitchell a consideraciones actuales del tema tratado, con la capacidad del autor relacional -y su sentido del humor- leemos que pareciera que con Fairbairn (y más con Guntrip) los padres pasan a ser los "villanos universales" y sus hijos "las víctimas pasivas" todo lo contrario de lo que proponen tanto Freud como M Klein.

Reflexiones sobre el sueño, el Edipo, las fases del desarrollo, pensadas desde la idea de la dependencia como matriz, son los temas que cierran este capítulo.

Llegamos al capítulo tres. Bajo el título de *Estructura del Psiquismo* asistimos a una descripción detallada de los postulados fundamentales de Fairbairn. Ahora toca ajustarse un poco más los cinturones de seguridad, llegamos a un centro tan denso como importante e interesante del autor objeto de estudio. La idea del psiquismo como estructura dinámica, con las definiciones de cada término, abre el tema. Nos movemos entre los conceptos propios de Fairbairn y las ideas tanto de Freud como de Klein para establecer puentes, distancias y similitudes. Cuestiones accesibles como la idea de pensar en objetos "insatisfactorios" antes que "malos" se intercalan con ideas muy complejas que requieren sosiego y tiempo para su asimilación.

Volvemos a ver a Rodríguez Sutil trabajando a favor de la claridad expositiva toda vez que eso es posible y respetando la aridez necesaria e insoslayable cuando es eso lo que toca. Claridad y rigor se aúnan en las explicaciones que se nos ofrecen, sabiendo que ser riguroso también incluye la actitud de no hacer más fácil de lo posible aquello que se nos presenta, evitando así que la idea pierda algo de su riqueza.

Algunas cuestiones centrales -¿Qué es lo que se internaliza? O ¿Por qué se internaliza el objeto malo? O ¿Toda internalización es patológica? (pág. 113 y ss.)- se desarrollan apelando a varios autores, enriqueciendo entonces la comprensión del tema. También encontramos aquí una "visión más actual", proponiendo que lo internalizado es pensable hoy en términos de "esquemas de acción", por ejemplo (pág 115).

Llegamos a un tema que se viene preanunciando casi desde el inicio del libro: la idea

de "*Estructura Endopsíquica*." Cinco instancias –que luego serán seis- conforman la tópica fairbaniana de 1944. La explicación de cada una de ellas se nos ofrece de forma clara, con sus aspectos originales y con los que se pueden superponer con conceptos ya conocidos, como sería el solapamiento entre "Superyó en Freud con el "Yo Antilibidinal, el Objeto Rechazante y el Objeto Ideal" de Fairbairn. Queda clara la relación temprana que se postula entre el infante y su madre como elemento central. Los diferentes objetos y las diversas formas de entender la represión arman un entramado complejo.

Como de psicoanálisis se habla, se postulan las relaciones que existen entre lo novedoso que trae Fairbairn y los niveles de Consciente, Preconsciente e Inconsciente. El autor que reseñamos hace sus aportes, avanzando sobre el legado del analista escocés, para pensar y ofrecernos un boceto de "aparato psíquico definitivo". Cada vez que es posible se nos ofrecen gráficos explicativos.

Otro avance teórico al que asistimos, a partir de las ideas de Fairbairn, es la que propone D. Rinsley. Se señala cómo éste se aleja de uno de las postuladas de aquel, "la posición central es la posición esquizoide". Finalmente, encontramos el relato y la interpretación del sueño de una paciente adulta realizado por Grotstein para poner "en acción" buena parte de las teorías planteadas.

Llegamos al apartado dedicado a *Personalidad, Estructuras Defensivas y Psicopatología*. Arrancamos desde Freud y sus concepciones psicopatológicas para arribar a Fairbairn y sus aportes. Sabemos así que la estructura endopsíquica básica tiene lugar antes que el Edipo. Vemos los lugares y significados que para ambos tiene el Complejo de Edipo y observamos diferencias sustanciales y una actitud audaz para ser planteadas.

Así leemos: "La situación edípica no es tanto un fenómeno causal sino un producto resultante, y no es un concepto explicativo sino más bien un fenómeno que necesita explicación" (pág. 126). Y más adelante se comenta cómo el drama de Edipo ha sido mutilado en la teoría clásica y se ha negado –o no se ha incluido- la parte primera del mito, aquella en la que se nos habla de la dimensión de abandono y trauma con la que comienza la vida de Edipo y las consecuencias que esas dimensiones conllevan a la hora de entender las vicisitudes psíquicas que se engloban hoy alrededor de las patologías por déficit.

En *Las técnicas transicionales*, se afirma que la situación triangular edípica configurada por los padres y el niño tiene un antecedente jugado entre el Yo Central y los Objetos Excitantes y Rechazantes. Las técnicas para defenderse ante las angustias primitivas son cuatro: obsesiva, paranoide, histérica y fóbica. En un cuadro que se nos ofrece entendemos qué destino tiene en cada una de ellas el "Objeto Aceptado" y el "Objeto Rechazado". Así nos adentramos en las categorías psicopatológicas "clásicas" pero con las explicaciones propias de la teoría estudiada.

Le tocará el turno a *La Defensa Moral y a Las Perversiones*. Fairbairn sugería que "el niño delincuente, al hacerse malo, torna 'buenos' a sus objetos, los padres". O dicho de otro modo –y dentro del concepto de Defensa Moral- "es mejor ser pecador en un mundo gobernado por Dios, que vivir en un mundo regido por el Diablo". Esta teoría podría dar una explicación satisfactoria del "masoquismo moral". Se ofrecen a continuación las explicaciones que facilitan entender las dinámicas en juego de estos cuadros y sus elementos. También el fetichismo aparece en este capítulo como objeto de reflexión a la luz de la función que podría cumplir como protección del objeto amado en la posición esquizoide.

Rodríguez Sutil plantea reflexiones de gran calado sobre los alcances de las teorías de Freud y Klein para pensar los orígenes del psiquismo, lo hace también en los

territorios a los que llegó Fairbairn, pero cree que se “necesita ir más lejos todavía, para poder llegar a la comprensión del sujeto que por falta temprana de apoyo empático no ha desarrollado apenas ninguna forma de empatía ni de culpa” (pág. 132).

Fairbairn revisa el Caso Schereber, como se recoge en el apartado que lleva por título *La Paranoia*. Con el uso de conceptos kleinianos postuló explicaciones sobre lo que acontece en las primeras fases del caso, con “las concepciones de los objetos internos realza la comprensión de Schereber y de la paranoia en general más de lo alcanzado con la teoría económica de la libido” (id.). Se debaten de nuevas cuestiones en torno a las clasificaciones psicopatológicas, por ejemplo: qué lugar ocuparía la paranoia –pensada como una psiconeurosis- y sus diferencias con la esquizofrenia paranoide.

Fairbairn buscaba “una causa de la patología neurótica de Schereber”, aporta ideas originales al respecto y ofrece una viñeta de su propia clínica para ilustrar algunos de los efectos que pueden generarse alrededor de la escena primaria.

Pasamos así a un epígrafe dedicado a los *Trastornos Narcisistas y Límites*. En el inicio se nos ofrece una diferencia global que distingue la neurosis de la psicosis, expresada con claridad didáctica y clínica. Y añade:

“La definición de personalidad esquizoide se corresponde bastante con la actual definición del trastorno narcisista de la personalidad mientras que la definición del estado esquizoide se aproxima a la definición actual del estado límite” (pág. 134).

Vemos una y otra vez cómo se intenta comprender las coincidencias existentes entre postulados y épocas, así como señalar diferencias y novedades. De la mano de Fairbairn y con el valor que implica ser unos de los pioneros en la comprensión de las patologías por déficit, Rodríguez Sutil se hace -nos hace- una sugerente pregunta: ¿existe alguna patología que en el fondo no sea deficitaria? Avanza una línea para pensar, “tal vez a esto se refería Fairbairn con la idea de que cierta escisión está presente el psiquismo de todo sujeto” (p. 135) y agrega un comentario muy rico sobre su propia opinión personal que va en la misma línea de Fairbairn. A continuación nos ofrece una viñeta sobre un trastorno límite de la personalidad mirada a la luz del modelo de Fairbairn.

El siguiente apartado se dedica a los *Aspectos pregenitales de la histeria*, ya que Fairbairn escribió un extenso artículo sobre la histeria (escribió menos sobre la neurosis obsesiva, según leemos). Plantea una idea paradójica y muy rica en consecuencias clínicas: “la sexualidad genital ha sido excitada de forma prematura, con el resultado de que el Yo Libidinal no sólo contiene un componente oral persistente e intenso sino también un componente genital muy cargado debido a que ha sido estimulado prematuramente y que, por la misma razón, se distingue por su inmadurez” (pág. 138).

En relación con lo pregenital –asociado a lo prelingüístico- se recuerda que la memoria más remota, inconsciente, es la incorporada en el cuerpo, que no ha sido codificada en palabras y que procede de las más tempranas etapas del desarrollo. Así Fairbairn propone que en la histeria de conversión se ha sustituido un problema emocional por un problema corporal, el lenguaje del cuerpo es necesario porque el trauma que ha provocado el problema tuvo lugar antes de que lo verbal se hubiese instalado o porque ese trauma ha desbaratado la organización verbal. El libro subraya una cuestión relevante: en la definición del escocés, los síntomas de la conversión histérica expresan más que una idea una sensación general de desasosiego.

Al hilo de la obra reciente de una analista alemana leemos la idea central de que la

escena triangular estaría determinada desde el principio y que la matriz dual sería resultado de un fracaso evolutivo, en este sentido el universo dual en el que la histeria florece sería el resultado de la función del padre que no logra intervenir en la dupla bebé-madre, con una madre demasiado absorbente ("dominada por el miedo, la depresión o el odio")

Represión y renegación son los mecanismos que intervienen en la versión más grave de la histeria. Existe también la posibilidad de una versión "moderada o benigna".

La misma autora citada anteriormente nos ofrece una fantasía que versiona a Edipo y que titula " Mito Pseudo-Edípico" para referirse al aspecto aparentemente triangular de algo que no lo es, que no pudo llegar a ser, dice Fairbairn que todo histérico es "un inveterado buscador del pecho materno" (págs. 140-1). Parece que el modelo de "estructura endospíquica" de Fairbairn sería más eficaz a la hora de explicar las organizaciones narcisistas y límites que al ocuparse de la histeria.

El capítulo termina con la revisión de viñetas clínicas para tratar de conseguir ciertas precisiones conceptuales y clínicas. Y de este final dos observaciones muy sustanciosas: 1) si la estructura triangular se postula como existiendo desde un principio, el concepto de regresión para indicar la instalación de una dinámica dual no sería muy riguroso, lo dual será el deterioro de lo triangular, no una regresión. Y 2) en los síntomas histéricos de conversión el cuerpo se utilizaría de modo temporal como objeto sustitutorio del padre auxiliar, mientras que el enfermo psicossomático lo utiliza de forma permanente como sustitución del objeto primario. En el caso de la histeria se trataría de una expresión simbólica del conflicto mientras que en el otro caso se trata de una expresión más opaca de algo pre-simbólico.

El cuarto capítulo del libro examina un asunto de particular relevancia, como es *El tratamiento psicoanalítico a partir de Fairbairn* y comienza colocando *La Relación Terapéutica* en lugar central que le pertenece en la obra de Fairbairn y en el psicoanálisis relacional posterior. Un claro resumen nos recuerda las diferencias fundamentales entre la clínica clásica -un detective trabajando- y la clínica entendida bajo el modelo relacional: dos personas en colaboración mutua procuran construir un relato que dé sentido y ayude a explorar cuestiones vitales del paciente. Fairbairn es uno de los primeros analistas que cuestionan el método terapéutico vigente, abre la posibilidad que, en el caso de que un tratamiento "no funcione" la responsabilidad sea de una técnica inadecuada y no de algo achacable al paciente (casi siempre la "salvadora resistencia" de éste venía en nuestro auxilio).

Se aleja de la metáfora educativa para pensar el proceso analítico y prefiere la religiosa, dice con ingenio: "el psicoterapeuta constituye un verdadero sucesor del exorcista. Su misión no es perdonar los pecados, sino desalojar los demonios" (pág. 146). Tampoco está de acuerdo con la analogía científica; idea que cobraba todo su valor en los tiempos que corrían y el valor de la ciencia entonces. Leemos que para Fairbairn "la interpretación no es suficiente, el factor decisivo es la relación del paciente con el terapeuta".... (pág. 147). Discrimina y reivindica la "relación real" entre paciente y psicoterapeuta.

Otra vez apelamos, para su mejor valoración, a que estas ideas sean enmarcadas en la época en que fueron gestadas.

También defiende el tratamiento como "segunda oportunidad" –en palabras de Winnicott- para el paciente, se aleja del predominio teórico y clínico de las vicisitudes del impulso, propugna que más que "análisis" se trata de "síntesis" de partes del psiquismo y se adelanta así varias décadas a cuestiones esenciales del abordaje terapéutico que emana de los principios relaciones en psicoanálisis y que alcanzan su auge en los años

ochenta.

Una vez más, de la mano de S. Mitchell (lector atento de Fairbairn), vemos una actualización y enriquecimiento de las ideas que se van revisando.

En cuanto a *Resistencia y Transferencia*, el siguiente apartado, tomando el par realidad interna-realidad externa como algo central, se plantean como subordinados los pares pasado-presente y consciente-inconsciente. Fairbairn coincide con la escuela kleiniana en la idea de interpretar el "aquí y ahora" del paciente con centro en la transferencia aunque no por las mismas razones. Se comenta que esta propuesta implica no privilegiar el trabajo de reconstrucción de la historia del pasado del paciente. El analista escocés se aproximó a los postulados actuales sobre la idea de transferencia desde el modelo relacional –la transferencia como fenómeno subsumido por la dialéctica relacional terapeuta-paciente- pero no la pensó en los términos que hoy lo hacemos.

Volviendo a ideas ya esbozadas aquí se comenta la idea (de mucha potencia clínica en opinión de quien esta reseña escribe) que la lealtad al "objeto malo interno" estaría sostenida por la convicción de que eso es mejor que carecer de objeto. La ausencia de relación con los objetos convoca el terror a la aniquilación y por lo tanto es una escena que debe evitarse a cualquier precio.

La idea de mundo interno cerrado juega un importante papel también en la comprensión del trabajo clínico. Se propone la revolucionaria idea –véase a época en la surge- de que la relación con el terapeuta debe apuntar a convertirse en una "relación real entre dos personas" (pág. 150).

Otro elemento valioso –y tan actual- que aparece en este capítulo es la idea del divorcio que existe entre el purismo teórico de muchos analistas y su forma de trabajar en la consulta. Fairbairn pudo cuestionar ya entonces las concepciones de "interpretación exacta" y del analista como pantalla en blanco –un objeto neutro- sobre la que sólo el paciente proyecta, asimismo propone que cuestiones relativas a la subjetividad del analista jugarán su papel y se ocupa de nuevas formas de superar la resistencia del paciente, un tema de extraordinario valor en nuestro trabajo clínico. Se propone que para conseguir este objetivo será mejor no analizar la culpa en las neurosis ya que actuaría a favor de la resistencia. Recordemos que la función del analista es "desalojar los demonios no perdonar los pecados". Un resumen, muy claro e interesante por cierto, de un caso clínico ilustra algunos conceptos fairbairnianos, de ese modo se nos permite ver a dichos conceptos "trabajando".

Otra idea original se establece en la observación de que ya que el mundo del niño está basado en concepciones animistas, inalcanzables para el proceso secundario y por la tanto no erradicables, esa misma dinámica, animista, será necesaria en abordaje clínico.

Se analizan las interacciones entre el concepto de identificación proyectiva y el modelo de estructura endopsíquica de nuestro autor así como consideraciones actuales de su valor clínico.

Siguiendo con lo que considero ideas de gran valor –en el doble sentido, para la idea y para su autor- entre las *Modificaciones Técnicas* Fairbairn propuso el abandono del diván, con argumentos de gran solidez, considerando la modalidad cara a cara como más útil para los fines buscados y más acorde con la teoría de la relaciones objetales y cuestionó que las sesiones deban tener un tiempo fijo predeterminado.

El modelo del autor escocés que se expone sería útil para el tratamiento de la

psicosis. Últimamente se ha propuesto para diferentes ámbitos clínicos, a saber: abordaje de las perversiones, terapias sexuales, niños abusados, conductas adictivas en mujeres, terapia de pareja, entre otros.

Se revisa después el tratamiento de Guntrip con la idea de que es un "ejemplo clínico especial". Teniendo en cuenta la riqueza de este apartado –y el fino conocimiento que Rodríguez Sutil muestra- sólo señalaremos que los ejes que se presentan no sólo revisan el tratamiento de Guntrip con Fairbairn (que duró 10 años) sino que se comparan o relacionan tramos de ese tratamiento con el que posteriormente tuvo con Winnicott, bastante más corto aunque fructífero al decir del propio Guntrip. Al mismo tiempo se considera el momento vital y profesional de Fairbairn para tratar de comprender mejor algunas de sus posiciones.

En el apartado final, *Sobre el Rol Agente*, se debate un artículo en el que S. Mitchell se ocupaba de las relaciones de la obra del analista escocés con el concepto de "agencia". Nuestro autor reseñado propone pensarlo como equivalente al tema de la ubicación del sujeto en debates que de forma transversal recorre toda la teoría relacional. Con referencia a las diferentes posturas de Sartre y de Freud, se retoma la pregunta sobre qué libertad nos asiste, qué peso puede adquirir la subjetividad en nuestro curso vital y hasta qué punto es aceptable una propuesta u otra, tan diferentes entre sí. En nuestra disciplina, al menos en corrientes clásicas o dominantes- la opinión más extendida es que "Freud ha ganado y Sartre ha perdido" ya que la autonomía del sujeto –o del agente- no estaría disponible para el individuo, siendo el Yo -en la teoría freudiana- un "simple mediador entre el Ello y la realidad".

Muy rica nos parece la descripción que se nos ofrece de las vicisitudes y las modalidades que adopta la capacidad de ejercer el rol agente, así como sobre su ubicación tópica y los dinamismos que la determinan. Con reflexiones sobre el lugar que debemos darle –y que le han dado autores fundamentales- al libre albedrío se va cerrando este penúltimo capítulo y vamos llegando al apartado titulado: *Conclusiones Críticas*.

Este apartado, relativamente breve, recoge una síntesis de cuestiones claves y algunas críticas, o mejor: revisiones o detalles de los desarrollos sobre el libro que ahora cerramos. Y creemos que es breve por lo mismo que nos dice Rodríguez Sutil en el inicio: "En las páginas anteriores no sólo hemos recogidos sus propuestas -las de Fairbairn- intentando situarlas en su perspectiva histórica, sino que igualmente hemos señalado algunas de las críticas a las que se ha podido hacer acreedor, valorando su mayor o menor acierto... Y un poco más adelante: "Dedicaremos estas páginas finales a sintetizar aquellas ideas y conceptos que nos parecen esenciales" (pág. 172).

Tal y como queda claro en la cita de arriba creemos que no es conveniente reseñar una síntesis que, justamente, se caracteriza por su riqueza y su concentración. Creemos que el mejor favor que podemos hacerle al futuro lector del libro de Carlos Rodríguez Sutil es permitirle que acceda a este apartado con los ojos bien abiertos y la curiosidad intacta.

*Nota:* Al final del libro se ofrece un "Glosario de Conceptos" que se agradece especialmente, toda vez que una parte de la terminología de Fairbairn es nueva para mucho de nosotros.

Terminaré con mi comentario personal. He ido expresando algunos de mis comentarios a lo largo de la reseña cada vez que las ganas me impidieron callar, eso implica el riesgo de que una parte de lo que se diga ahora puede ser redundante.

Me he quedado con muy buenas sensaciones después de leer este libro. Carlos

Rodríguez Sutil cumple con creces los objetivos que plantea desde el inicio en torno a la obra de Fairbairn. Pero además –y en este *además* aparece una seña de identidad de este libro- nos ofrece un recorrido muy riguroso, claro y didáctico por teorías hoy vigentes y que ocuparon un significativo lugar en la misma época en la que Fairbairn desplegaba la suya. Teorías con las que había que dialogar, debatir, confrontarse y ganarles espacio -para poder existir- frente a la hegemonía que pretendían.

Nuestro autor puede llevar a cabo esa tarea gracias a su esmerado conocimiento de varios marcos referenciales que ofrece en estas páginas. Eso significa, entre otras cosas, que –como lectores- asistamos a páginas enteras que nos recuerdan, nos refrescan, nos informan y nos enseñan conceptos importantes de teorías fundamentales de la historia del psicoanálisis. Destacando, claro, la de S. Freud y la de M. Klein.

Otra seña de identidad del estilo del autor es su capacidad para proponer un marco histórico para cada asunto conceptual fuerte, recordándonos que rara vez existen ideas “huérfanas”, Carlos nos presenta a los padres de cada idea y nos cuenta, cada vez que puede, cómo creció esa criatura conceptual. Después nos presenta a sus hermanos y nos cuenta cómo ha sido –y cómo es- la relación entre ellos, entre esas ideas. Gran tarea, muy de agradecer y nada fácil de llevar a cabo.

Nuestro autor aparece una y otra vez exigiéndose la máxima claridad didáctica y, afortunadamente, lo hace con éxito. Es evidente que la obra del analista escocés no es apta para reduccionismos fáciles -tampoco Rodríguez Sutil se lleva bien con esa actitud empobrecedora. Esos elementos hacen que algunos apartados del libro sean de “obligada dificultad”, en esos momentos, miramos más a Fairbairn que a Rodríguez Sutil.

Un libro rico que enriquece.

Un libro que enseña. En los dos sentidos de la palabra: muestra y ejerce magisterio.

Un autor generoso que escribe recordando a los lectores y los incluye en cada folio.

Un libro que se agradece y se celebra.

¡Muchas gracias Carlos y enhorabuena!

**Cita bibliográfica / Reference citation:**

Abello Blanco, A. (2010). Reseña de la obra de C. Rodríguez Sutil “Introducción a la obra de Ronald Fairbairn”. *Clínica e Investigación Relacional*, 4 (1): 251-266. [ISSN 1988-2939]

---

<sup>i</sup> La cita se completa con otra idea: “el placer libidinoso no es más que un medio para obtener al objeto”

<sup>ii</sup> No se le escapa al autor de esta reseña las muchas veces que utiliza el término “exhaustivo” en este trabajo, utilización que cobra su sentido en función de la obra reseñada.

<sup>iii</sup> Dicha dedicatoria en “Realidad y Juego” reza : “A mis pacientes, que pagaron por enseñarme”